

Mantilla, Jorge Alberto

Continuidad y cambio en las dinámicas de los conflictos armados tras la caída de la URSS, Nuevas guerras y guerra contra el terrorismo: dos décadas de violencia transnacional

PANORAMA, vol. 7, núm. 13, julio-diciembre, 2013, pp. 169-183

Politécnico Grancolombiano

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=343929225009>



PANORAMA,

ISSN (Versión impresa): 1909-7433

panorama@poligran.edu.co

Politécnico Grancolombiano

Colombia

CONTINUIDAD Y CAMBIO EN LAS DINÁMICAS DE LOS CONFLICTOS ARMADOS TRAS LA CAÍDA DE LA URSS, NUEVAS GUERRAS Y GUERRA CONTRA EL TERRORISMO: DOS DÉCADAS DE VIOLENCIA TRANSNACIONAL

Continuity and change in the dynamics of armed conflict after the fall of the USSR, new wars and war against terrorism: two decades of transnational violence

Continuidade e câmbio nas dinâmicas dos conflitos armados após a queda da URSS, novas guerras e guerra contra o terrorismo: duas décadas de violência transnacional.

RECIBIDO: 17 DE SEPTIEMBRE DE 2012

EVALUADO: 23 DE NOVIEMBRE DE 2012

ACEPTADO: 14 DE ENERO DE 2013

Jorge Alberto Mantilla (Colombia)
Universidad Nacional de Colombia

jmantillab@gmail.com

Investigador del grupo Seguridad y
Defensa, Universidad Nacional; politólogo,
Universidad Nacional; candidato a magister
de Estudios Políticos IEPRI, Universidad
Nacional.

es

RESUMEN

El presente texto pretende aproximarse a una caracterización de las principales transformaciones que vienen presentando los conflictos armados tras la caída de la Unión Soviética (URSS) y el posicionamiento de los Estados Unidos como única superpotencia mundial. Estas transformaciones evidencian la necesidad de resignificar aquello que hasta hoy entendemos por *guerra*. Además, copan los últimos veinte años de violencia internacional, la cual es posible analizar desde una doble perspectiva causal, a partir de la cual se reconocen como quiebres de tipo histórico el año 1991 y el año 2001, desde cuando pareciese haber una aceleración de las lógicas de mutación que venía adquiriendo el ejercicio de la guerra durante la última década del siglo XX.

PALABRAS CLAVE: Guerra, conflictos armados, terrorismo, violencia política, globalización, nuevo orden mundial.

en

ABSTRACT

This text aims to approach to a characterization of the major transformations in armed conflicts that have been occurring after the fall of the Soviet Union (USSR) and the positioning of the United States as the sole superpower. These changes show the need to give new meaning to what we now understand as *war*. They also monopolize the last twenty years of international violence, which can be analyzed from a double causal perspective, from which historical breaks are recognized as those in 1991 and 2001, since when an acceleration seemed to have started in the logical mutation that war exercise came to acquire over the last decade of the twentieth century.

KEYWORDS: War, armed conflicts, terrorism, political violence, globalization, new world order.

por

RESUMO

O presente texto pretende aproximar-se a uma caracterização das principais transformações que vêm apresentando os conflitos armados após a queda da União Soviética (URSS) e o posicionamento dos Estados Unidos como única superpotência mundial. Estas transformações evidenciam a necessidade de resignificar aquilo que até hoje entendemos por *guerra*. Além do mais, incluem os últimos vinte anos de violência internacional, a qual é possível analisar desde uma dupla perspectiva causal, a partir da qual reconhecem-se como pontos de inflexão de tipo histórico o ano 1991 e o ano 2001, desde quando parecesse ter uma aceleração das lógicas de mutação que vinha adquirindo o exercício da guerra durante a última década do século XX.

PALAVRAS CHAVE: Guerra, conflitos armados, terrorismo, violência política, globalização, nova ordem mundial.

PARA CITAR ESTE ARTÍCULO / TO CITE THIS ARTICLE / PARA CITAR ESTE ARTIGO:

Mantilla, J. (2013). Continuidad y cambio en las dinámicas de los conflictos armados tras la caída de la URSS. Nuevas guerras y guerra contra el terrorismo: dos décadas de violencia transnacional. *Panorama*, 7(13), 169-183.

El presente texto pretende aproximarse a una caracterización de las principales transformaciones que vienen presentando los conflictos armados internacionales tras la caída de la Unión Soviética (URSS) y el posicionamiento de los Estados Unidos como única superpotencia a nivel mundial. Estas transformaciones evidencian la necesidad de resignificar aquello que hasta hoy entendemos por *guerra*. Además, copan los últimos veinte años de violencia internacional, la cual es posible analizar desde una doble perspectiva causal, a partir de la cual se reconocen como quiebres de tipo histórico el año 1991 y año de 2001, desde cuando pareciese haber una aceleración de las lógicas de mutación que venía adquiriendo el ejercicio de la guerra durante la última década del siglo XX. Particularmente, con el despliegue bélico que se ha llevado a cabo desde el sistema de alianzas de los Estados Unidos en el marco de la *guerra contra el terrorismo* y con las múltiples formas de resistencia armada que este despliegue ha provocado, es posible asentar de una manera más estructurada los múltiples debates que entorno al fenómeno, a sus interpretaciones y a la manera de mitigarlo se han generado entre la comunidad académica en los últimos años.

Es por esto que no será objetivo de este ejercicio puntualizar un análisis de los conflictos armados internacionales a partir de la observación de uno o varios estudios de caso (Cachemira, Congo, Bosnia, Palestina, entre muchos otros), sino simplemente abordar el fenómeno de manera general. El interés alrededor del cual gira la intención argumentativa de este texto es observar la guerra contra el terrorismo a través del caleidoscopio (amplio y contingente) de la categoría llamada *nuevas guerras*. Esta es la razón por la que el texto está compuesto por dos partes: la primera aborda de manera introductoria el concepto de nuevas guerras y sus matices; a la vez que la segunda se centra en el terrorismo como actor asimétrico global.

PRIMERA PARTE: DES-ORDEN POST-SOVIÉTICO: ¿QUÉ TAN NUEVAS SON LAS NUEVAS GUERRAS?

APROXIMACIÓN AL DEBATE DE LAS NUEVAS GUERRAS: ALCANCES Y LIMITACIONES

A medida que se diluía la imagen de un orden internacional estable y pacífico mediado por el triunfo de la superpotencia globalizadora, se generaron importantes debates entre los teóricos en torno a las caracterizaciones necesarias para comprender y solucionar los conflictos, inicialmente denominados por Mary Kaldor como *nuevas guerras* (1999).

El carácter novedoso y distinto con respecto a las *viejas guerras*, en términos de las motivaciones políticas, económicas y culturales de estos conflictos, del papel del Estado como organizador tradicional de la violencia y su pérdida de protagonismo en el ejercicio de esta y, finalmente, de las dinámicas económicas de la globalización que subyacen a esta nueva gestión de la violencia en el sistema internacional, se convirtieron en los principales nodos de reflexión para guiar la serie de debates que se desprendieron de la reflexión de Kaldor y de esta nueva realidad internacional (Marshall y Messiant, 2004). Estos debates conducen finalmente a la pregunta por hasta qué punto es preciso continuar abordando los fenómenos bélicos internacionales del presente histórico desde la perspectiva de lo que fueron las guerras interestatales, paradigma central de la modernidad. Sin embargo, es claro que aún no hay un consenso en términos de la conceptualización de estos fenómenos recientes de la violencia armada transnacional, lo que ha impedido avanzar hacia una teoría o un cuerpo teórico que explique estas nuevas realidades.

Dada la amplitud de la categoría de nuevas guerras y su carácter en gran medida indefinido, esta ha sido ampliamente criticada por importantes analistas, a la vez que se ha constituido en una especie de referencia teórica obligada para el análisis de los conflictos armados tras la caída de la URSS. En efecto, su amplitud permite explicar una serie de acontecimientos que, aunque particulares y diferenciados, se encuentran en un mismo tiempo y espacio (*globalización-globalidad*) y constituyen así distintas partes de una misma realidad. Quizás la crítica o autocritica de mayor relevancia a esta categoría es aquella que pone en consideración la novedad de dichas guerras y se pregunta hasta qué punto estos fenómenos son verdaderamente nuevos o simplemente son la prolongación, las resonancias, de conflictos de vieja data

cuyas formas de confrontación y de proyección estratégica han presentado algunas transformaciones en el marco del nuevo orden internacional.

Jorge Alberto
Mantilla |

En este sentido, las nuevas guerras aparecen como una suerte de punto intermedio entre un modelo analítico que viene perdiendo de manera progresiva su fuerza analítica y su capacidad explicativa (*gran guerra* o *guerra interestatal*) y un modelo que, si bien ya es posible evidenciar de manera sintomática, aún no se consolida al interior de la academia, ni mucho menos en el plano de la realidad internacional, como fenómeno monolítico u homogéneo. Esto permite plantear que las características de las nuevas guerras hacen pensar más en un pasado *preestatal* (*nueva edad media*) que en un futuro postestatal, por lo cual se le da vigor a la clásica expresión de un “volver al futuro”, es decir, la existencia de estrechas similitudes entre las nuevas guerras y la Guerra de los Treinta Años:

La mirada dirigida a la situación previa de estatalización de guerra es adecuada para mostrarnos las condiciones que han surgido entre tanto, en las que el Estado ya no es lo que entonces todavía no era: el monopolizador de la guerra. (Munkler, 2006, p. 61)

LAS OSCILACIONES GEOHISTÓRICAS

Existe una coincidencia a nivel espacial y geográfico de los lugares donde se desarrolla el acontecer bélico de estos conflictos armados tras la caída de la URSS y los puntos de encuentro de los principales imperios coloniales, los cuales mantenían hegemonía integral sobre variadas partes del mundo a finales del siglo XIX y principio del siglo XX (Overy, 2005). Más que tentar a estipular de manera mecánica que estos conflictos son simplemente la prolongación de conflictos imperiales en determinadas zonas de influencia y control, esta coincidencia nos conduce a abordar una serie de variables de índole geopolítica, cultural, étnica, religiosa y económica que de manera permanente están complejizando las dinámicas de estas formas de violencia en las que diversos factores convergen para dar vida a situaciones de conflicto en la actualidad. Los Balcanes, el Cáucaso, Oriente Medio y África Meridional son hoy sinónimos de inestabilidad e ingobernabilidad a los que los réditos de un nuevo orden mundial parecen aún no llegarles; pero son también escenarios de viejas disputas y rivalidades de tipo nacional etnoreligioso en los que la violencia parece ser más una constante histórica que la excepcionalidad postsoviética de los últimos veinte años.

Sobre la desintegración y la formación estatal, las guerras clásicas europeas propias de la modernidad podían ser entendidas como guerras de formación estatal que debían pasar necesariamente por el debilitamiento de los grandes imperios territoriales. La relación estrecha que se ha forjado entre guerra y economía, no solo en términos de su objeto, como puede ser la apropiación de riqueza o el sometimiento y la dependencia económica, sino en términos de la financiación misma, supone una transformación sustancial del ejercicio de la guerra hoy. Las influencias externas ejercidas desde Estados con intereses nacionales de tipo expansionista que hubiesen decidido apoyar determinados actores en el marco de las guerras modernas vienen siendo reemplazadas de manera acelerada por el papel protagónico que desempeña el mercado y sus principales actores (corporaciones transnacionales, traficantes de mercados ilícitos, “señores de la guerra”) en la composición de formas de apropiación y de regulación económica cuyo eje central es la violencia. Globalización y violencia constituyen así una amalgama de intereses, ideologías, culturas y actores que se enfrentan en un espacio geopolítico marcado por la ausencia de una institucionalidad estatal y, por ende, de una gobernabilidad que proporcione un mínimo de estabilidad política o de reglas comunes dentro del juego político, en una lucha por la riqueza y el poder económico de una globalización asimétrica.¹

Panorama |
pp. 169 - 183 |
Volumen 7 |
Número 13 |
Julio - diciembre |
2013 |

La puesta en escena de elementos premodernos como, por ejemplo, el tribalismo étnico y los elementos propios de una globalización caracterizada por el aumento de los flujos transnacionales, producto la erosión de las fronteras y de las antiguas barreras internacionales, imprimen una fisonomía particular a estos conflictos, en la cual la prolongación de estos de manera indefinida diluye aún más la posibilidad de asir una comprensión sobre la naturaleza de la guerra hoy.

¹ Se derivan de esta caracterización los estudios sobre los Estados fallidos o *rogue states*, como Estados que no se han consolidado como tal o que están en peligro de dejar de serlo, toda vez que existe una apropiación del poder estatal-institucional por las dinámicas de guerra y corrupción, entre otras. En ese mismo sentido, estos Estados representan nuevas fuentes de amenaza a la seguridad internacional como fuentes de inestabilidad políticas y de proliferación y patronazgo de “actores asimétricos” (Martin, 2009, p. 81, tabla 4.1. “State sponsorship of terrorism: patronage and assistance”). Este debate en profundidad y los diferentes estudios de caso que al respecto existen no serán abordados en este texto.

Lo anterior no podría ser explicado sin la óptica de unas transformaciones concretas en términos de las percepciones de las amenazas y las nociones de la seguridad tras la finalización de la Guerra Fría. La aparición de un nuevo orden internacional caracterizado por la unipolaridad inicial y la asimetría constituye así un delimitante conceptual para entender este tipo de fenómeno (Debrix y Lacey, 2009).

ACTORES DE LOS “NUEVOS” CONFLICTOS ARMADOS

En términos de los actores y de los sujetos de estas formas de violencia, es claro que se ha asistido de manera progresiva a un aumento de la naturaleza y del sentido de la agencia de los actores que participan en las relaciones transnacionales a nivel global, y con ello de los actores y sujetos que se hacen partícipes de manera propia o adscrita de estos conflictos armados. Así, por ejemplo, los llamados niños soldados, la mujer victimizada bajo armas sexuales de guerra, los refugiados y las organizaciones humanitarias, entre otros, hacen parte común del panorama de las nuevas guerras. El fenómeno de privatización de la violencia y de mercerización de la guerra suscita un particular interés analítico en el desarrollo de la reflexión que nos hemos propuesto.

En esta perspectiva, Amada Benavides de Pérez, miembro del equipo de Naciones Unidas sobre mercenarios, hace una aproximación desde el esquema teórico de las nuevas guerras a las modalidades de mercenarismo a nivel global. Para esto se enfoca principalmente en la presencia de estos actores en sitios geoestratégicos claves, en los contratistas militares y en las dinámicas de instalación de bases militares, así como en la contratación de unidades en los países de regiones como América Latina para servir en las guerras tanto de Afganistán como de Irak. Desde esta perspectiva, los fenómenos de privatización y mercenarismo de la violencia tienen profundas consecuencias para los fundamentos del Estado nación, dada la desregulación del uso de la fuerza y la pérdida del monopolio de la protección y la seguridad por parte del Estado, lo cual erosiona el pacto social hobbesiano.

Benavides atribuye este fenómeno a las tendencias del libre mercado que se desataron tras la finalización de la Guerra Fría, las cuales condujeron a una consolidación de un esquema de desregulación estatal y mercantilización de diferentes aspectos de la vida social. Esto ha contribuido principalmente al entendimiento de la guerra como un negocio en el que las ganancias parecen ser directamente proporcionales al grado de privatización de la violencia y de la seguridad internacional. Asimismo, ha contribuido a un progresivo aumento del número de efectivos militares con el que cuentan estas multinacionales de la violencia. Por ejemplo, si para la Guerra del Golfo se estimaba que 1 de cada 100 soldados trabajaba a su vez para una de estas corporaciones, para la actual Guerra de Irak se estima que, de aquellos que participan, 1 de cada 10 soldados está vinculado en estas (Benavides de Pérez, 2006).

EL SALTO TECNOCIENTÍFICO DE LA GUERRA: LA CENTRALIDAD DEL SABER

La convivencia paradójica entre elementos premodernos que han llevado a algunos a catalogar estas guerras como guerras salvajes, tales como las diversas maneras de victimización, de crueldad y de exterminio íntegro del otro y aspectos o condiciones propias de una pretendida posmodernidad, ubican un doble sentido que a manera de correlato está siempre presente en las caracterizaciones de estos conflictos, pero que además tiene profundas implicaciones de orden práctico en el ejercicio de estas formas de violencia (Sofsky, 2006). Puntualmente, los avances tecnológicos de la última revolución industrial aplicados al campo militar dieron paso al desarrollo de un complejo militar industrial tecnificado al interior del cual se produjo un proceso conocido como la Revolución de los Asuntos Militares (RAM), cuyas consecuencias a nivel del pensamiento estratégico en estas dos últimas décadas han sido determinantes.

Si partimos de reconocer que la naturaleza de los armamentos determina las maneras en las que se combaten las guerras, podemos decir entonces que la RAM desempeñó un papel importante hacia la transición de estrategias posmodernas de combate. La aparición de armas de gran precisión y autonomía con tecnología de punta permitió pensar en la posibilidad de desarrollar guerras asépticas, en las que el número de muertos y de combates sean reducidos por

medio de la utilización de armas contraguerra, cuyo objeto es reducir el número de muertes tanto en las tropas amigas como en el objetivo.

LA PRECLUSIÓN COMO VICTORIA

Jorge Alberto

Mantilla |

La añejada visión de una estrategia clásica en la que la consecución de objetivos políticos demanda medios militares, los cuales se hacen explícitos en un comienzo y un fin de la violencia (declaración de guerra y tratado de paz), encuentra su máxima expresión en las grandes batallas que determinan el resultado final del conflicto, cuya característica básica es el principio de concentración de la fuerza, es decir, las confrontaciones en grandes extensiones de terreno entre grandes destacamentos. Esta es una perspectiva sustentada, además, en la convicción de la necesidad de desarrollar estrategias directas en las que los grandes golpes terminan por redistribuir las correlaciones de fuerzas. Estas estrategias clásicas corresponden en gran medida con una concepción y una herencia del mundo Westfaliano, en donde el tributo a la ofensiva y a las relaciones tácticas directas ha otorgado un papel central dentro de la sociedad a las fuerzas militares, propiciando fenómenos de militarización a nivel global.

A medida que estos conflictos postwestfalianos, indirectos y de baja intensidad, están llamados a remplazar las guerras modernas, la revolución del “saber” y los actores civiles con cualificación informática están conduciendo en la actualidad las formas de destrucción asépticas de una guerra “limpia”. Esta revolución en los asuntos militares es producto de la interacción progresiva entre industria y guerra, y “llega cuando la aplicación de nuevas tecnologías a los sistemas militares se combina con conceptos operacionales innovadores y se acompaña de una adaptación de la organización para transformar fundamentalmente el carácter y la conducción de las operaciones militares” (David, 2008, p. 233).

El resultado principal de esta nueva concepción estratégica consiste en el dominio que se adquiere del espacio de combate por medio del conocimiento de este mismo, pero en el que además la *destrucción* del adversario es reemplazada por la *preclusión*, es decir, por la imposibilidad de que un Estado u otro tipo de actor tenga la capacidad de iniciar agresiones. Es igualmente importante manifestar que si bien estos nuevos enfoques, cuya puesta en práctica se ubica en la primera Guerra del Golfo (1991), le han dado una superioridad a los Estados Unidos en términos de las capacidades materiales para ejercer la fuerza, la RAM no ha resultado del todo eficiente para desarrollar guerras contrainsurgentes de tipo urbano o contra cualquier tipo de violencia política en el contexto actual, como lo muestra la ocupación de Irak.

Lo anterior da lugar, igualmente, al desarrollo de la línea de la unipolaridad y dominio imperial de Estados Unidos, según la cual, gracias a esta superioridad de tipo económico, militar y tecnológico, resulta improbable que algún otro actor del sistema internacional dispute la hegemonía de la que hasta el momento goza esta potencia, por lo cual el siglo XXI se perfila como el “siglo americano”. Bajo esta línea de reflexión, el problema del terrorismo global se deriva de esta condición asimétrica de la capacidad bélica que hace que esta forma de violencia política aparezca ligada a las pretensiones invasoras que tenga Estados Unidos, animadas por dicha superioridad. Allí se entabla una relación geopolítica íntima entre Osama Bin Laden, como el geopolítico árabe moderno que ha hecho del *yihad* una guerra global irregular posmoderna, con la guerra contra el terrorismo, como una guerra global permanente, en términos de una perspectiva del poder aún anclado a lo territorial.

Panorama |

pp. 169 - 183 |

Volumen 7 |

Número 13 |

Julio - diciembre |

2013 |

El acontecimiento mismo se convierte en causa.
Marc Auge

Quizá tenga que confesar que el pasado 11 de septiembre, después de experimentar toda amalgama de emociones propias de los mamíferos, de la rabia a la náusea, también descubrí que otra emoción pretendía asumir el control. Al analizarla, para mi propia sorpresa y placer, resultó ser euforia. Frente a nosotros estaba el enemigo más temible —la barbarie teocrática a plena

Luz—... me di cuenta de que si la batalla duraba hasta el último día de mi vida, no me aburriría de perseguirlo hasta las últimas consecuencias.
Christopher Hitchens²

EL 11 DE SEPTIEMBRE COMO ACONTECIMIENTO GEOPOLÍTICO

En esta segunda parte queremos arriesgar un entendimiento de la guerra contra el terrorismo como una puesta en escena de tipo geopolítico que permita evidenciar en qué medida el terrorismo, como enemigo global apolítico o antipolítico renovado,³ deriva en una realidad internacional reconfigurada a partir del relanzamiento de la hegemonía estadounidense en un orden postsoviético introductorio del siglo XXI.

No existe aquí una pretensión de analizar detalladamente la guerra contra el terrorismo en su desarrollo operativo tanto en Afganistán como en Irak, o de concretar un análisis sobre la política exterior y de defensa de los Estados Unidos, ni hacer un balance de esta misma en términos historiográficos. Se trata más bien entablar las relaciones correspondientes entre la guerra contra el terrorismo, las estrategias de dominación interdomésticas y la proyección geopolítica internacional enmarcada en lo que se ha dado a conocer como una *guerra global permanente*.

El 11 de Septiembre configura un acontecimiento que, tal como lo han venido planteando los teóricos del hiperterrorismo, hace emerger diferencias de tipo cualitativo con respecto a la violencia terrorista transnacional, sobre todo en términos de la amplitud de su alcance y sus consecuencias. En este sentido, medir su peso histórico como acontecimiento implica otorgarle una connotación política abriendo las puertas a nuevas realidades que de él se puedan derivar.⁴ El hecho de que como acontecimiento global el 11 de Septiembre haya generado réplicas y consecuencias de más amplio alcance que los resultados en daños materiales y en pérdidas de vidas humanas, los cuales derivaron de la utilización de dos aviones para derribar dos torres de corporaciones empresariales, otorga un lugar privilegiado a dicho acontecimiento, pero de manera más profunda, al terrorismo global en las agendas internacionales:

En efecto los atentados terroristas contra las Torres Gemelas y el edificio del Pentágono se convirtieron en una causa, explicación y fuerza actuante de numerosas transformaciones que al despuntar el nuevo siglo comenzaron a componer el panorama mundial. Por su magnitud, los sucesos del 11 de septiembre no pueden describirse como una simple consecuencia, más aun cuando se constata que se han convertido también en una causa portadora de sentido. Lo mismo puede argumentarse en relación con otros grandes acontecimientos que han sacudido al planeta en su conjunto. (Fazio Vengoa, 2007, p. 8)

² Periodista británico, filósofo, politólogo y economista. Universidad de Oxford.

³ Consiste en un abordaje del fenómeno que lo hace condenable: la violencia en cuanto es violencia —per se— y lo desliga de la realidad social en la cual acontece, por lo cual niega la íntima relación que existe entre violencia y orden político social. Al respecto, Alonso Beltrán anota: “Todo esto nos obliga a insistir en que desde una óptica estratégicamente política, la violencia ejercida desde el poder institucionalizado se presenta como garante del orden y de la armonía social, mientras que la que se contraponen es desestabilizadora, amenaza la seguridad y la convivencia pacífica, así la violencia desde el Estado es por excelencia la violencia política mientras que su contraparte es antipolítica, o mejor aún terrorista” (Beltrán, 2004, p. 181).

⁴ Fazio Vengoa anota sobre la categoría de acontecimiento histórico en el pensamiento histórico occidental: “Aunque el sentido de la historia se organice a partir de un determinado devenir, el recorrido se encuentra salpicado de acontecimientos, conjugando aleatoria e indistintamente elementos de universalidad con otros que se inscriben en la singularidad, los acontecimientos cumplen diferentes funciones y pueden provocar la formación de un sentido objetivo o modificar la orientación del curso de un devenir” (Fazio Vengoa, 2008, p. 35).

Si el 11 de Septiembre es efectivamente un acontecimiento de tipo global que reconfigura las relaciones transnacionales a nivel planetario, se debería indagar por sus efectos de largo plazo ubicando un posible fundamento geopolítico de este nuevo orden. Dicha reflexión ha sido hecha por Jhon Agnew, como una preocupación derivada de un recuento de la eras geopolíticas (la naturalizadora, la civilizatoria y la ideológica) y de los escenarios geopolíticos que de allí se pueden proyectar hacia el futuro, tras el 11 de Septiembre, en un orden postsoviético.

Siguiendo a Agnew existen tres líneas que tienden a demarcar los desarrollos geopolíticos del presente histórico, a saber: las nuevas prácticas y representaciones de una economía global transnacional y desterritorializada; las guerras culturales entre las distintas civilizaciones, y por último, la unipolaridad y el dominio imperial de los Estados Unidos. El hecho de que existan tan disímiles perspectivas evidencia, según la opinión de este autor, la validez de cada una de ellas, además del aire caótico que envuelve las proyecciones geopolíticas globales.⁵

Sin embargo, en el marco de estas líneas del nuevo fundamento geopolítico, se genera una continuidad del predominio de orden estatal en términos de las respuestas a los problemas de seguridad que el sistema internacional pueda presentar. A pesar del debilitamiento que atraviesa el Estado durante el proceso globalizador, representado en su incapacidad de controlar los diversos flujos de tipo transnacional (personas, mercancías, información y capital), en la porosidad de sus fronteras y en la disputa por el poder que entablan actores de tipo no estatal (organizaciones denominadas terroristas, mafias, corporaciones privadas) (Keohane y Nye, 1988), la guerra contra el terrorismo se ha configurado como una respuesta de tipo estatal a una determinada amenaza o riesgo con respecto de la cual se ha construido la noción de un enemigo en potencia que pone en juego la existencia de un nosotros.⁶

Los acontecimientos del 11 de Septiembre de 2001 y la subsiguiente recesión económica producida en Estados Unidos y en el mundo han perjudicado algo el desarrollo de los escenarios más avanzados de la globalización. El gobierno de los Estados Unidos ha trabajado para establecer controles fronterizos más efectivos [...]. Como parte de la "guerra al terrorismo" el gobierno de Estados Unidos ha puesto en el punto de mira los Estados que considera que apoyan el terrorismo o suponen una probable amenaza militar para Estados Unidos o sus aliados. Así pues, en lugar de considerar que el terrorismo global es un fenómeno cualitativamente nuevo, se ha producido una tendencia a volver a encajarlo en el molde de los Estados. (Agnew, 2005, p. 140)

Es así como, desde la construcción teórica de los modelos de terrorismo de Estado por patronazgo a asistencia, el terrorismo global (ya no exclusivamente como fenómeno asociado a los ataques del 11 de Septiembre, sino un recrudecimiento de esta forma de violencia a nivel global tras estos mismos⁷) emerge a partir de la guerra contra el terrorismo como elemento central de una nueva plataforma geopolítica estadounidense.

EL RETORNO DEL REALISMO OFENSIVO

La dinámica de reafirmación de la identidad nacional estadounidense, que a su vez implicaba por la simbología circundante del 11 de Septiembre una reafirmación de la identidad occidental, fue determinante en la formulación de la política exterior de Estados Unidos. Es allí donde encuentran lugar los enfoques del "choque cultural de civilizaciones", los cuales están llamados a dar un nuevo aire a la imaginación geopolítica estadounidense en términos de una geopolítica ideológica heredada de la Guerra Fría en la que el mundo islámico pasaría a ocupar el antiguo lugar del comunismo:

⁵ Al respecto del carácter caótico de la geopolítica global véase: Ignacio Ramonet (1999), Así mismo, George Friedman, director de Stratfor (firma privada norteamericana dedicada al análisis de inteligencia y al pronóstico político), ha elaborado una proyección geopolítica del siglo XXI para los Estados Unidos donde se incluyen la fragmentación de China en el 2020, una guerra global entre Estados Unidos, Turquía, Polonia y Japón en el 2050, y un desafío regional de México en el 2100. Véase Friedman (2010).

⁶ Para una noción de la construcción del enemigo público interno o externo, y su importancia en la configuración del espacio público-político, véase: Carlo Ginzburg (1997), Carl Schmitt (2006); Michel Foucault (2006).

⁷ Una detallada síntesis de prensa entre el periodo correspondiente al intervalo temporal entre el 11 de Septiembre y los ataques al tren de cercanías de Madrid, España, conocido como el 11 M lo hace Fazio Vengoa en "Irak: Convergencia de guerras, terrorismo e intervención" (2008, pp. 93-123).

La capacidad militar de Estados Unidos tiene una superioridad tecnológica aparentemente incuestionable. Este factor tiene los dos efectos simultáneos de tentar a los gobiernos estadounidenses a que emprendan arriesgadas intervenciones en todo el mundo, y de hacer vulnerable el "territorio nacional estadounidense" a guerras asimétricas: la utilización del terrorismo con o sin armas de destrucción masiva. (Fazio Vengoa, 2007, p. 147)

Continuidad y
cambio en las
dinámicas de
los conflictos
armados tras
la caída de la
URSS

Esta relación geopolítica anteriormente descrita alimenta la restauración de un realismo ofensivo en la política exterior de Estados Unidos, que verá en la guerra contra el terrorismo una posibilidad de incentivar económicamente ciertos sectores de la producción norteamericana, tales como el complejo militar industrial y los capitales privados asociados al sector de defensa y tecnología militar, quienes desarrollan tareas con el carácter de contratistas en dicha guerra (Stiglitz y Bilmes, 2008).

Así, por ejemplo, no pocos han sido los escándalos de corrupción y sobrestimación de gastos relacionados con la destrucción-reconstrucción de Irak y con su abastecimiento logístico. Estos escándalos han rondado por los pasillos de grandes emporios empresariales norteamericanos y del pentágono mismo, por no hablar de las exorbitantes ganancias de estas empresas. Tal vez el caso más sonado —aunque definitivamente no el único— haya sido el de la empresa estadounidense Halliburton y su filial KBR, quienes prestaban durante la ocupación los servicios de: hacer perforaciones en busca petróleo; hacer instalaciones y prestarles seguridad; construir oleoductos; y resolver cuestiones logísticas de la tropa, como alimentación, lavandería e internet, entre otras. Halliburton fue acusada en el 2008 de haber facturado un tercio más del número de comidas que repartió, de haber contabilizado 61 millones de dólares de más para gasolina con sobreprecio, y de haber “chatarizado” vehículos militares nuevos que estaban pinchados, entre otros detalles.⁸ Lo que parece no ser un detalle es la relación entre economía y guerra contra el terrorismo, la cual determina la estructura relacional de poder subyacente en la confrontación geopolítica del terrorismo.

PORQUE “GLOBAL” Y PORQUE “PERMANENTE”: POLÍTICA EXTERIOR Y ASIMETRIZACIÓN

PREEMPTIVE ACTION Y EL NUEVO EJE DEL MAL

La estrategia de Estados Unidos para combatir el terrorismo global, reposicionado dentro de las agendas internacionales como un problema de primer orden para la sociedad internacional a partir de la guerra contra el terrorismo, suponía la formulación de políticas y estrategias de orden estatal que estuvieran encaminadas a su eliminación. Esto, sumado a la lectura de orden estatal que se hace de los ataques del 11 de Septiembre, pero más aún al fenómeno de terrorismo global que le antecede y le sucede, tiene, tal como lo mostrábamos en el anterior acápite, unas implicaciones de orden geopolítico concretas derivadas del hecho de considerar a Estados como Cuba, Irán, Libia, Sudan y Siria, entre otros, como *rogue states*, según la clasificación del Departamento de Defensa de Estados Unidos.⁹

Más allá de la relación simple que es posible establecer en el hecho de que una amenaza considerada global requiera una respuesta de tipo global, la formulación de la guerra contra el terrorismo no es meramente un planteamiento bélico sustentado en una doctrina militar y en una serie de estrategias de defensa y seguridad nacional (2002, 2006). La formulación misma de la *preemptive war*, como concepto para justificar las acciones militares contra Afganistán e Irak, contiene el carácter político de la relación entre un eventual fenómeno terrorista de carácter global y la guerra contra el terrorismo:

En cuanto a la conceptualización, no se pueden considerar sinónimos el término preemptive action de preventive action. En primer lugar hay que decir que es un error asociar el concepto de preemption exclusivamente con la ejecución de ataques militares. En este concepto están incluidas medidas financieras, diplomáticas y policiales como

| Panorama
| pp. 169 - 183
| Volumen 7
| Número 13
| Julio - diciembre
| 2013
| 177

⁸ Es necesario reconocer que no fue la invasión a Irak lo que llevó a esta empresa a poner sus inversiones en ese país, pues ya para el año 2000, cuando su director gerente era Richard Cheney, quien pasó a ocupar el cargo de vicepresidente de los Estados Unidos en el gobierno de George Bush, esta empresa tenía negocios en la región con ganancias de 18.000.000.000 USD. Véase: Dan Briody (2005), así como Pratap Chatterjee (2010).

⁹ www.defense.gov

forma de aumentar la seguridad. Por lo tanto, no es un concepto exclusivamente militar, sino político. (Pulido Grajera, 2005, p. 40)

Jorge Alberto
Mantilla |

Este carácter político tiene que ver además con un problema de amplia complejidad en el marco de las relaciones internacionales entre Estados en esta primera década del siglo XXI. Este problema tiene que ver con la manera y los criterios con los que se determina cuándo la acción ofensiva de un adversario terrorista —sea Estado o actor no estatal—, identificado (definido) previamente, tiene un carácter inminente o no, y en esa medida se hace posible hacer uso de la *legítima defensa*. En gran parte es este el peso geopolítico que adquiere el debate sobre la definición misma del *terrorismo global* como concepto y sus implicaciones en términos de la atribución de su existencia a Estados que de manera evidente constituyen un obstáculo para la proyección geopolítica de la hegemonía estadounidense a través de la Unión Europea y sus aliados.¹⁰

Proponerse evidenciar la guerra contra el terrorismo como una guerra “permanente” de tipo “global” nos demanda detenernos no en los detalles y profundidades de la guerra contra el terrorismo y su carácter de estrategia política-militar, como ya lo señalamos, sino denotar algunos alcances de sus objetivos y planteamientos básicos. Según lo reseña Soledad Segoviano:

[...] en la nueva “National Security Strategy for the United States of América 2006”, el presidente Bush volvía a insistir en los cuatro puntos de su estrategia contra el terror: (1) prevenir posibles ataques perpetrados por las redes terroristas; (2) evitar el acceso de armas de destrucción masiva tanto a los Estados hostiles como a sus aliados terroristas; (3) impedir que Estados hostiles apoyen a los grupos terroristas; y (4) impedir a los terroristas el control de Estados y áreas sin gobierno que sirva como santuario para lanzar su estrategia de terror. (2005, p. 1)

Este último punto implica además una ampliación del círculo del “desarrollo económico”, instaurando sistemas democrático-liberales desde los cuales sea posible también profundizar la diseminación global del libre mercado, en los países donde exista el riesgo de que las organizaciones denominadas terroristas incrementen sus niveles de apoyo popular haciéndose al poder político y económico de dichos Estados.

Estos puntos centrales, cuyas consignas son las denominadas *4D* (*defeat-deny-diminish-defend*), y una eventual intervención a gran escala contra los denominados Estados santuarios de los grupos terroristas, que posibilite la eliminación de la amenaza terrorista a nivel global, han generado un importante debate al interior de Estados Unidos y a nivel internacional sobre la legitimidad de dichas intervenciones, pero además sobre su efectividad en términos de los propósitos que inicialmente se plantearon en Afganistán y en Irak.¹¹ Así mismo, en lo que respecta a la no proliferación nuclear o de armas de destrucción masiva, aún más en Estados considerados hostiles o afines a grupos hostiles, es claro que los objetivos están lejos de lograrse, como lo muestran los casos de Corea del Norte y de Irán, e incluso de Pakistán.

GUERRA CONTRA EL TERRORISMO COMO GUERRA IRREGULAR

La guerra contra el terrorismo se muestra, entonces, no como una guerra de tipo convencional, sino como una guerra de tipo irregular, desarrollada a nivel global y que vincula dinámicas de tipo contrainsurgentes en los escenarios donde se desarrolla como posibilidad de neutralizar las amenazas allí donde se originan, y no de combatirlas allí donde pretenden atacar. Esto tiene que ver también, como lo hemos venido diciendo desde los inicios de este texto, no solo con una difuminación conceptual entre la *violencia insurgente* y la *violencia terrorista*, sino con un planteamiento geopolí-

Panorama |
pp. 169 - 183 |
Volumen 7 |
Número 13 |
Julio - diciembre |
2013 |

¹⁰ Muestra de ello son las discusiones sostenidas por la OTAN en Lisboa, hacia finales del 2010, sobre la proyección de la Alianza para el siglo XXI. Uno de los puntos más importantes allí tratados es sin duda la adopción del nuevo concepto estratégico. Así lo reseñaron los diarios de mayor circulación global como *El País*, de España: “La Alianza celebra en Lisboa sus 61 cumpleaños con la adopción de un nuevo concepto estratégico para hacer frente a desafíos de defensa y seguridad propios de un siglo XXI globalizado, con múltiples polos de influencia y con actores estatales y no estatales capaces de poner contra las cuerdas a potencias y superpotencias. Desde el ciberespacio al terrorismo, pasando por los misiles de largo alcance o la seguridad energética, nuevos factores han restado vigencia a las fronteras y limitaciones geográficas”. (1^a de diciembre de 2010).

¹¹ Así, por ejemplo, el general Sir David Richards, nuevo jefe del ejército británico, nombrado en el 2010, declara sobre la lucha contra el terrorismo en Afganistán: “En una guerra convencional, la derrota y la victoria son cosas que están muy claras y que se simbolizan con las tropas desfilando en la capital de otra nación. Ante todo, nos tenemos que preguntar: ¿Necesitamos derrotarlos en el sentido tradicional de una victoria clara? Yo diría que eso no es necesario y que nunca se podrá conseguir. Pero ¿podemos contenerlos hasta el punto de que nosotros y nuestros hijos podamos vivir tranquilos? Creo que sí”. (*El Espectador*, 15 de noviembre de 2010).

tico que en un escenario global condiciona las estrategias que, asociadas al binomio poder político y violencia política, generan los actores de la guerra contra el terrorismo como una guerra de tipo asimétrica. Un denominado *odio global* y su rol en este tipo de nuevas guerras asimétricas de tipo global, con manifestaciones crecientemente antiestadounidenses, no necesariamente alimenta la perspectiva del choque de civilizaciones:

Estos atentados (11 de Septiembre) contenían un llamamiento de creciente intensidad a las masas del mundo islámico, en las que cabe ver una figura residual del “tercero a interesar”. Con la espectacular y repetida demostración de la vulnerabilidad de los Estados Unidos (y sus aliados) se incrementaría en el mundo islámico la esperanza y la autoconfianza en que un conflicto con Occidente desarrollado por medios violentos puede iniciarse y prosperar, pese a su superioridad en tantos aspectos, con perspectivas de éxito, siempre y cuando no se recurra a las formas de guerra convencionales y no se ataque al enemigo allí donde es especialmente fuerte y poderoso, sino donde es especialmente vulnerable. (Munkler, 2006, p. 153)

De esta manera, la reordenación del sistema internacional a inicios del siglo XXI, en el que es relanzada la hegemonía norteamericana, tiene como correlato una redistribución del miedo y de los conflictos bélicos globales, que supone su impregnación hacia diversos escenarios cotidianos de la vida social. Así, la noción de inseguridad de los países que ocupan los lugares céntricos del sistema determina como una constante la proyección geopolítica de los conflictos bélicos producidos en el marco de la guerra contra el terrorismo, por ahora desarrollados en los países de la periferia, como en el caso de la invasión a Irak y Afganistán (Haddad Linero, 2003):

[...] El inicio del tercer milenio parece estar protagonizado por un relanzamiento del fenómeno bélico. Un fenómeno bélico que hoy puede ser calificado como global y como permanente: guerra global porque, aunque sus escenarios de verificación sigan siendo lugares concretos, alejados del centro del sistema, sus efectos se filtran capilarmente en todos los ámbitos de la realidad planetaria y su función es de reordenación global; guerra permanente porque, tras los simbólicos acontecimientos del verano de 2001, la guerra, designada “contra el terrorismo”, esta llamada, en el entendimiento de una parte fundamental de la aristocracia imperial, a protagonizar las primeras décadas de la siguiente centuria. (Bandariz, 2005, p. XII)

El efecto de reordenación social del que se apropia el terrorismo global se concretiza aún más con la acción estatal materializada de nuevo en la doctrina de la *preemptive war*, al plantearse golpear al terrorismo “allí donde sea necesario”, es decir, en cualquier parte del mundo, y hacerlo de manera indefinida. Como ya lo hemos dicho, quizá la expresión más acabada de esta formulación estratégica sea la guerra de Irak. Su puesta en escena de tipo geopolítico relaciona de manera íntima debates acerca de la nueva dependencia de países ocupados, del discurso de los Estados fallidos o en descomposición, de la potencia estadounidense y de los recursos energéticos y económicos.¹²

El desarrollo del estilo paranoide de la política exterior estadounidense, que utiliza la retórica de la defensa para reordenar las relaciones internacionales y promover las democracias de mercado en el ámbito global, esta mediado entonces por el dominio sobre un pivote político-militar en Medio Oriente (Turquía-Israel-Irak). A partir de una proyección estratégica junto con la voluntad y determinación de la Unión Europea, este dominio supone la mejor forma de contención de Estados adversarios (China) en una zona geográfica denominada “arco de inestabilidad”, compuesta por zonas geográficas que abarcan desde el hemisferio occidental, pasando por el norte de África y hasta zonas litorales de Asia oriental (Pastor, 2005).

La propensión, identificada por Estados Unidos, de estas zonas a convertirse en espacios geopolíticos donde se multipliquen los Estados fallidos supone también la configuración de una eventual plataforma terrorista internacional en dichos lugares. En este sentido y siguiendo de nuevo a Soledad Segoviano, existen tres niveles de ejecución de la estrategia anticontrterrorista de Estados Unidos plasmadas en la *National Security Strategy* de 2006. Una primera fase de prevención y resolución de conflictos se deriva del auge de proyectos políticos denominados “terroristas”; la segunda consiste en la intervención en dichos conflictos con el fin de imponer una paz y una estabilidad para la cual es

¹² La bibliografía existente en esta materia es abundante. Al respecto, Noam Chomsky (2005) insinúa una comparación de la guerra contra el terrorismo como núcleo fundamental de la política exterior de los Estados Unidos, entre el gobierno de G.W. Bush y Reagan. Véase también William Rivers Pitt (2002). Señala también Soledad Segoviano en un artículo para el Instituto de Cuestiones Internacionales y Política Exterior (Incipe) la delicadeza del tema Irán-Hezbollah, dado el control territorial que ejerce el primero sobre el estrecho de Ormuz, por donde transita el 25% del comercio mundial de petróleo cada día.

utilizada la plataforma de la OTAN; y finalmente, una tercera fase que es más propia de un escenario de posconflicto, en el que se pretende la reconstrucción del país intervenido, propiciando para ello una paz y una libertad duradera.¹³

Jorge Alberto
Mantilla |

Poderosos expertos en la materia como Zbigniew Brzezinski, antiguo consejero de Seguridad Nacional de Estados Unidos, quien es reseñado por Pastor y Segoviano, anota la importancia de entender el fenómeno del terrorismo y los problemas asociados a su combate a nivel global desde lo político, antes que desde lo militar o lo económico. Así, por ejemplo, Pastor retoma de este analista lo siguiente:

[...] identificar el terrorismo como el enemigo supone ignorar alegremente el hecho de que el terrorismo es una técnica letal de intimidación empleada por individuos, grupos y Estados. Nadie emprende una guerra contra una táctica o una técnica. Nadie, por ejemplo, habría declarado a comienzos de la Segunda Guerra Mundial que iba a hacer una guerra contra el blitzkrieg. (2005, p. 29)

Pastor continúa resaltando sobre el comentario de Brzezinski en *The choice: global domination or global leadership*: “lo importante es en su opinión saber desarrollar una estrategia política que sirva para debilitar al complejo de fuerzas políticas y culturales que dan origen al terrorismo” (2005, p. 38).

Así adquiere mayor sentido la importancia dada por estos analistas a temas de política exterior estadounidense, como la pronta resolución del conflicto Árabe-Israelí, la producción petrolera del Golfo Pérsico y Asia central, y la no proliferación de armas de destrucción masiva. Estos temas estuvieron estrechamente relacionados, a finales de la primera década del siglo XXI, con un enemigo público global y con la guerra contra el terrorismo que se adelanta por los países del centro en su contra, la cual, volvemos a insistir, corresponde a un planteamiento y a una estrategia de tipo político que confronta a un adversario de carácter político.

CONCLUSIÓN

En ultimas, hemos podido evidenciar que efectivamente hemos asistido a unas transformaciones aceleradas en la manera como se practica la guerra desde la caída de la URSS hasta el presente. Podemos decir que, a grandes rasgos, estas transformaciones se ubican dentro de tres grandes procesos o características. En primer lugar, se ha asistido a una creciente *desestatalización* de la violencia, donde no solo el Estado ha venido perdiendo el monopolio de esta como resultado de los fenómenos de su privatización y de la seguridad en manos de actores de índole privada, sino que atributos clásicos del Estado moderno, tal como la soberanía, empiezan a resquebrajarse en concepciones como la defensa de los derechos humanos o las intervenciones humanitarias.

Por otra parte, la *asimetrización* creciente de los actores y de sus formas de violencia supone una ascenso estratégico en el uso de herramientas anteriormente tácticas, lo que ha traído consigo la deslocalización espacial de la guerra en la que los grandes frentes de batalla o las batallas decisivas se diluyen en un frente invisible que acontece de manera permanente en *cualquier* o en *ninguna parte*. Tras la ruptura de la simetría propia de la Guerra Fría, estrategias como la guerra partisana, el terrorismo e incluso la *Intifada*, que se pueden ubicar en un escenario internacional en el que el “efecto Mogadiscio”, producto de la debacle militar del ejército de los Estados Unidos en 1993 en Somalia, generaron una percepción sobre la superpotencia militar que difícilmente se podrá cambiar, a saber: que entre más fuerte se es más debilidades potenciales se configuran alrededor de sistemas complejos e interdependientes de defensa y seguridad.

Esta transformación, cuyos correlatos son los de la globalización, como por ejemplo el papel que desempeñan los *mass-media* en la configuración de las estrategias de guerra, ubicándonos ya no sobre el plano de la información sobre la guerra, sino en el de la guerra de la información, tiene una implicación estructural, y es la ralentización de la guerra. Desarrollada de manera indirecta e irregular, la guerra es marcada por el desplazamiento continuo de las zonas de combate, la movilización de nuevos recursos y la redefinición permanente de los medios para su conducción.

Panorama |
pp. 169 - 183 |
Volumen 7 |
Número 13 |
Julio - diciembre |
2013 |

13 *Libertad duradera fue el nombre de la operación militar lanzada contra Irak en marzo de 2003. Ibid em 15 p. 3.*

En última instancia, se tiene como consecuencia una creciente independencia o *automatización* de la iniciativa política y bélica, como producto de la desestatalización antes mencionada, que ha llevado a la existencia de una amalgama turbia en la que cada vez es más difícil definir la naturaleza de los actores, así como de los intereses que estos persiguen. Un ejemplo de ello son las vastas relaciones de los actores irregulares de la violencia política con la criminalidad organizada internacional o las dificultades que tiene el derecho internacional para definir el estatus de combatiente, de beligerantes o de los mercenarios.

Estos problemas apenas tienen respuestas incipientes, por lo que, más que una caracterización acabada de estas nuevas formas de violencia internacional, es posible hallar un sinnúmero de debates y de preguntas que de alguna manera marcan una ruta de reflexión hacia nuevas agendas de investigación, las cuales permitirían dar explicaciones considerables a estas realidades internacionales.

Continuidad y
cambio en las
dinámicas de
los conflictos
armados tras
la caída de la
URSS

REFERENCIAS

1. Agnew, J. (2005). *Geopolítica. Una re-visión de la política mundial*. Madrid, España: Trama.
2. Beck, U. (2008). *Sociedad del riesgo mundial: en busca de la seguridad perdida*. Barcelona, España: Paidós.
3. Beltrán, A. (2004). *Consideraciones acerca del concepto de violencia política* [tesis de grado]. Universidad Nacional, Bogotá, Colombia.
4. Benavides de Pérez, A. (2008). *Mercenarios, mercenarismo y privatización de la seguridad en América Latina*. Trabajo presentado en el Congreso de Ciencia Política. Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia.
5. Brandariz, J. A. (ed.) (2005). Prólogo. En *Guerra global permanente. La nueva cultura de la inseguridad* (pp. 11-14). Madrid: Catarata.
6. Briody, D. (2005). *The Halliburton agenda. The politics of oil and money*. Hoboken, NJ: John Wiley & Sons.
7. Chatterjee, P. (2010). *Halliburton's army. How a well-connected Texas oil company revolutionized the way America makes war*. Nueva York, NY: Nation Books.
8. Chomsky, N. (2005). *El terror como política exterior de los Estados Unidos*. Buenos Aires, Argentina: Libros El Zorzal.
9. David, C. P. (2008). *La guerra y la paz. Enfoque contemporáneo sobre la seguridad y la estrategia*. Barcelona, España: Icaria.
10. Debrix, F. y Lacey, M. J. (2009). *The geopolitics of american insecurity. Terror, power and foreign policy*. Nueva York, NY: Routledge.
11. *El Espectador* (15 de noviembre de 2010). Ejército británico cree que es imposible vencer a Al Qaeda. Recuperado de: elespectador.com
12. *El País* (1° de diciembre de 2010). La OTAN aprueba el concepto estratégico para adaptarse al siglo XXI. Recuperado de: <http://www.elpais.com>
13. Fazio Vengoa, H. (2007). *El mundo en los inicios del siglo XXI*. Bogotá, Colombia: Universidad de los Andes, Ceso.
14. Fazio Vengoa, H. (2008). *La historia y el presente en el espejo de la globalización*. Bogotá, Colombia: Universidad de los Andes, Ceso.
15. Foucault, M. (2006). *Defender la sociedad*. México DF, México: Fondo de Cultura Económica.
16. Friedman, G. (2010). *The next 100 years. A forecast for the 21st century*. Nueva York, NY: Anchor.
17. Ginzburg, C. (1997). *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. Barcelona, España: Muchnick.
18. Haddad Linero, Y. (2003). *La cruzada mundial contra el terrorismo. Casos Afganistán e Irak*. Bucaramanga, Colombia: Sic.
19. Kaldor, M. (1999). *New and old wars. Organized violence in a global era*. Cambridge, Reino Unido: Polity.

20. Keohane, R. O. y Nye, J. S. (1988). Realismo e interdependencia compleja. En *Poder e interdependencia mundial. La política en transición* (pp. 39-56). Buenos Aires, Argentina: Grupo Editor Latinoamericano.
21. Marshal, R. y Messiant, C. (2004). Las guerras civiles en la era de la globalización: nuevos conflictos y nuevos paradigmas. *Análisis Político*, 50, 20-34.
22. Martin, G. (2009). *Essentials of terrorism: concepts and controversies*. Thousand Oaks, CA: Sage.
23. Munkler, H. (2006). *Viejas y nuevas guerras. Asimetría y privatización de la violencia*. Madrid, España: Siglo XXI.
24. Overy, R. (2005). *Atlas histórico del siglo XX*. Madrid, España: Akal.
25. Pitt, W. R. (2002). *La guerra contra Irak*. Barcelona, España: Ediciones B.
26. Pulido Grajera, J. (2005). Los Estados y el terrorismo. *Monografías del Geseden*, 79, *Terrorismo internacional. Enfoques y percepciones*, 25-50.
27. Ramonet, I. (1999). *Geopolítica del caos*. España: Debate.
28. Robin, C. (2009). *El miedo. Historia de una idea política*. México DF, México: Fondo de Cultura Económica.
29. Ross, J. I. (2005). Post 9/11: Are we safer now? En L. L. Snowden y Whitsel, B. C. (eds.), *Terrorisme. Research, readings and realities* (pp. 381-382). Upper Saddle River, NJ: Pearson Prentice Hall.
30. Schmitt, C. (2006). *El concepto de lo político*. Madrid, España: Alianza.
31. Segoviano, S. (2005). Estados Unidos y la guerra contra el terrorismo. Estrategias de futuro. Artículo del Instituto de Cuestiones Internacionales y Política Exterior. Recuperado de: <http://www.incipe.org/sabermasusa5.html>
32. Sofsky, W. (2006). *Tratado sobre la violencia*. Madrid, España: Abada.
33. Stiglitz, J. y Bilmes, L. (2008). *La guerra de los tres billones de dólares*. Harvard University: Taurus.